



XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

13 de noviembre de 2022

ANIMADOR: Comenzamos esta celebración en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros. **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

Nos acercamos al final del año litúrgico y la liturgia nos da hoy unas lecturas que nos lo hacen sentir: nos hablan del final de los tiempos. La Iglesia quiere que pongamos nuestra mirada allí, no para tener miedo, sino para prepararnos, para que estemos vigilantes. En realidad, el domingo es una prefiguración del día en que Cristo volverá, que, ya de alguna manera, fue anticipado en su Resurrección. Es esto lo que cada domingo celebramos y conmemoramos. Por eso la Iglesia nos invita a vivir siempre apoyados en la esperanza. Nos unimos a toda la Iglesia en oración por los pobres del mundo entero, pidiendo también al Señor que nos muestre qué cosas concretas podemos hacer, personalmente y como comunidad parroquial, por ellos, por los que tenemos más cerca y por los que están más lejos. En este domingo, nuestra Diócesis celebra el día de la Iglesia Diocesana, con el lema: “Gracias por tanto”.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Con confianza de hijos nos acercamos a Dios, seguros de que quiere derramar toda su misericordia sobre nosotros:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, Nuestro Señor.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres
que ama el Señor.



Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor, Dios nuestro, alegrarnos siempre en tu servicio, porque en dedicarnos a ti, autor de todos los bienes, consiste la felicidad completa y verdadera.
Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del segundo libro Malaquías (3, 19-20a)

He aquí que llega el día, ardiente como un horno, en el que todos los orgullosos y malhechores serán como paja; los consumirá el día que está llegando, dice el Señor del universo, y no les dejará ni copa ni raíz. Pero a vosotros, los que teméis mi nombre, os iluminará un sol de justicia y hallaréis salud a su sombra.

Palabra de Dios. R/ Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial Sal 97, 5-6.7-9a.9bc

R. El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.

R/. El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.



Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. **R/. El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.**

Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan; aplaudan los ríos, aclamen los montes. **R/. El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.**

Al Señor, que llega para regir la tierra. Regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud. **R/. El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.**

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses (3, 7-12)

Hermanos: Ya sabéis vosotros cómo tenéis que imitar nuestro ejemplo: No vivimos entre vosotros sin trabajar, no comimos de balde el pan de nadie, sino que con cansancio y fatiga, día y noche, trabajamos a fin de no ser una carga para ninguno de vosotros. No porque no tuviéramos derecho, sino para daros en nosotros un modelo que imitar. Además, cuando estábamos entre vosotros, os mandábamos que si alguno no quiere trabajar, que no coma. Porque nos hemos enterado de que algunos viven desordenadamente, sin trabajar, antes bien metiéndose en todo. A esos les mandamos y exhortamos, por el Señor Jesucristo, que trabajen con sosiego para comer su propio pan.
Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

Se invita a ponerse de pie. [Canto del Aleluya]

EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (21, 5-19)

En aquel tiempo, como algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos, Jesús les dijo: «Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida». Ellos le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?». Él dijo: «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy”, o bien: “Está llegando el tiempo”; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque es necesario que eso ocurra primero, pero el fin no será enseguida». Entonces les decía: «Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo. Pero antes de



todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio. Por ello, meteos bien en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas».

Palabra del Señor

R/ Gloria a Ti, Señor Jesús

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO–CICLO C- LUCAS (21, 5-19)

En este domingo, la primera lectura nos hace pensar en el juicio definitivo de Dios y lo describe como un fuego devorador para los que han sido injustos, pero como «un sol de justicia que lleva la salud en las alas» para los que han escuchado y cumplido la voluntad de Dios. Por ello, es un juicio que no pretende infundir temor, sino esperanza.

En este contexto, el evangelio anuncia la destrucción de Jerusalén, que, como sabemos por la historia, ocurrió cuarenta años después a manos del ejército imperial de Vespasiano y Tito. El anuncio de Jesús era el preludio de que el antiguo pueblo elegido, que no reconoció al enviado del Señor, iba a ser sustituido por el pueblo de Dios surgido, en el Nuevo Testamento, de la fe en Jesucristo. Durante los últimos días que Jesús pasó en Jerusalén antes de su muerte y resurrección, instruyó a sus discípulos sobre la destrucción de aquel Templo, símbolo de la religiosidad del Antiguo Testamento y del que tan orgullosos se sentían los judíos, y sobre las persecuciones que acompañarían a la Iglesia desde el primer momento de su existencia.

El anuncio de estas persecuciones pone ante nuestros ojos la convicción de que formamos parte de una iglesia martirial. Una Iglesia que siempre está en contradicción con los poderes de este mundo y, sin embargo, una Iglesia que persiste a pesar de la persecución, porque no se apoya en el valor de sus miembros, sino en la fortaleza del Espíritu Santo. Como hemos escuchado, Jesús anunció: «Os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los tribunales y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre; así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro». Pero les pidió que fueran capaces de perseverar, porque «ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas». No es de extrañar que la historia de la Iglesia sea la historia de los



mártires o de los testigos, que esto significa la palabra “mártir”. Como bien sabemos, y en este año recordamos con especial devoción, nuestra Iglesia diocesana ha sufrido, en tiempos todavía recientes, este carácter martirial anunciado por Jesús.

Nuestra Iglesia está hecha de santos, de mártires, de testigos... y también de pecadores. A pesar de los pecados con los que algunos de nosotros la afeamos, ha sido capaz de mantener viva la memoria de Jesucristo y de transmitírnosla. Gracias a ella, le conocemos y procuramos seguir los pasos del Maestro, tanto en situaciones tranquilas como en los duros momentos de la persecución. La existencia de la Iglesia es un misterio, por la presencia silenciosa y eficaz del Espíritu Santo, que la guía y sostiene para que no se desmorone. La reacción de nuestros mártires ante la persecución comprueba que Jesús sigue cumpliendo su promesa.

En nuestra diócesis hoy celebramos el Día de la Iglesia diocesana, que es nuestra madre; ella es la matriz en la que cada uno de nosotros hemos sido gestados como creyentes. Y, en este domingo, el Papa ha querido que tomemos una conciencia más aguda de la existencia de los pobres en nuestro mundo y en nuestro entorno más próximo, al instituir la Jornada mundial de los pobres. En una de sus exhortaciones para esta Jornada de los pobres, el Papa nos invitaba a meditar en el salmo 9: «La esperanza de los pobres nunca se frustrará», y nos emplazaba a devolver a los pobres la esperanza perdida a causa de la injusticia, del sufrimiento y de la precariedad de sus vidas.

El Papa no pretende que hoy hagamos una colecta para los pobres y nos quedemos tranquilos, sino que cambiemos la mirada del corazón para que la existencia de los pobres interpele nuestra vida y nuestras decisiones a la hora de consumir, de divertirnos o de organizar nuestras vidas. Es posible que este modo de mirar la vida nos produzca alguna incomodidad, pero será una incomodidad saludable.

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.



ORACIÓN DE LOS FIELES:

Dirijamos ahora nuestras peticiones a Dios, intercediendo por el mundo entero. Repetimos después de cada petición: **“Te rogamos, óyenos”**.

1.- Por el Papa Francisco, por nuestro obispo Ángel y por todos los obispos, por los sacerdotes y por toda la Iglesia, de manera especial, en este día de la Iglesia Diocesana: haz que seamos verdaderamente luz en medio del mundo, poniendo lo que tenemos y nuestros dones al servicio de los pobres, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

2.- Por todos los gobernantes de las naciones: para que trabajen con fuerza y valentía en la búsqueda del bien común y el respeto a toda vida humana, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

3.- Te pedimos por todos los que viven en una situación de pobreza, material o espiritual: haz, Señor, que reciban toda la ayuda que necesitan para salir adelante, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

4.- Te pedimos, Padre, que envíes seminaristas a nuestra diócesis, y que des fuerza y santidad a los que llamas para seguirte de cerca en una entrega absoluta en la vida consagrada, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

5.- Por cada uno de nosotros: mueve, Señor, nuestros corazones para sepamos actuar realmente en favor de los más necesitados y danos fuerza para mantenernos firmes en la fe dando siempre testimonio de la esperanza gozosa de tu venida, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

Escucha, Padre, la oración de tus hijos, pues nuestra esperanza está en ti.

Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador de la comunidad toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. Mientras tanto se puede entonar un CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...



[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Al concluir nuestra celebración te damos gracias, Señor, por habernos hecho partícipes del don de tu Cuerpo y de tu Palabra. Haznos permanecer siempre en tu amor y en la alegría de la comunión contigo y con los hermanos. Nos confiamos, para ello, a la protección y a la ayuda de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, Madre de la Esperanza:

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.
R/ Demos gracias a Dios.